

CÁBALA Y ALQUIMIA
EN BUSCA DE LO SAGRADO

por

John Tyrson

Lecturas recomendadas:

“La Cábala en el camino iniciático de las personas comunes y en la vida diaria”, en www.johntyerson.com/descargas.

“Guía práctica del Simbolismo cabalístico”, de Gareth Knight.

“El tercer testamento. Un asunto de Cábala y Alquimia”, publicado en Axis Mundi 3 y en www.johntyerson.com/articulos.

“El Peregrino de la Rosacruz”, de Phileas del Montesexto.

“La cábala y la alquimia en la tradición espiritual de occidente. (ss XV – XVII)”, Raimon Arola.

“La Tradición hermética”, Julius Evola.

“El Divino sabe que los hombres morirán”, dijo Rabí Eliezer. “¿Por qué son enviadas a este mundo las almas por su voluntad? ¿Para qué las necesita?” preguntó a Rabí Simón.

“Muchos han pedido sabiduría sobre esta cuestión”, fue la respuesta. “Las almas descienden al mundo para reflejar el resplandor del divino. Después vuelven a ascender de nuevo”.

Zohar 1:235A

El propósito de este artículo es el de compartir la experiencia personal y proporcionar pautas que faciliten las prácticas alquímicas y cabalísticas. No es, por lo tanto, una verdad revelada ni un dogma, y solamente la experiencia personal de quien lo lee podrá complementar, confirmar o discutir lo que aquí se plantea.

Desde esta óptica es que mencionamos los puntos en común de la Cábala y la Alquimia, algo a lo cual nos habíamos referido en el artículo titulado “El tercer testamento. Un asunto de Cábala y Alquimia”, publicado en Axis Mundi 3 y en www.johntyrson.com/articulos.

Ahora nos referiremos a la práctica de ambas disciplinas que no hacen sino mostrar la unidad del Camino.

Dejaremos de lado, por lo tanto, aspectos teóricos, históricos y mitológicos que seguramente arrojan más luz sobre el tema. Lo que nos interesa es cómo practica la Alquimia un cabalista... hoy.

Lo mencionamos en ese orden y no en viceversa porque la connotación práctica se percibe hoy en día mucho más en la Alquimia que en la Cábala. Y curiosamente es mucho lo que se habla sobre la Alquimia y mucho más lo que se ignora, en los escritos que se encuentran corrientemente se disfrazan continuamente bajo un lenguaje tan críptico y tan ríspido que hace desistir muchas veces a quien aborda sus estudios.

¿Por qué?, nos preguntamos muchos, ¿por qué ese halo de misterio y esa desinformación a la hora de compartir?

Sí, desinformación, porque los propios estudiosos no dudan en decir que introducen información falsa para despistar a quien no es merecedor de las revelaciones supuestamente allí contenidas.

Uno de los motivos por el cual que ese secreto debía mantenerse como tal, es la certeza por parte de los antiguos alquimistas, de que su conocimiento encierra dones que confieren poderes, o aun porque confieren la inmortalidad. ¡Y eso no podía estar en manos de cualquiera!

Otro de los motivos, y no me consta pero lo sospecho, es que algunos autores no siempre practican lo que escriben. Y son numerosos los que se limitan solo a elaborar pensamiento sobre pensamientos ajenos.

Pensamos que nada de esto es necesario. Extrañas pero firmes leyes del universo determinan en qué momento le debe llegar la información a alguien. Y si ese momento no es tal, es inútil cualquier tipo de revelación por más clara que sea. Y si ese momento es tal, no habrá lenguaje críptico ni desinformación que logre ocultar la verdad.

Vamos entonces al relato de la experiencia.

Los cabalistas fundamentan su práctica en una interpretación de la Creación, y considerando que el microcosmos, es decir nosotros, somos “a imagen y semejanza” del Macrocosmos, es decir, la Divinidad, aplican en la práctica de la vida diaria los mismos conceptos que lograron extraer de la comprensión de la acción del innombrable, de Hashem, o del Ein Sof. Es

así que uno de los principios fundamentales de la práctica del cabalista es DAR. Y se supone que la mecánica divina actúa frente a ese DAR creando el espacio para que entre la LUZ.

Esto seguramente producirá el tan mencionado cambio de conciencia y el ser humano irá avanzando por un camino de perfección y comprensión cada vez mayores.

Otro tanto sucede con la Alquimia, que propone un camino de superación a través de una ascesis, una obra y un estudio que llevará al Alquimista de la vida de una etapa en otra. Y será la vida misma la que proporcionará las experiencias iniciáticas correspondientes a ese avance.

Nos hemos referido a todo esto en “El Tercer testamento” y se puede ver en detalle en los Capítulos VIII y XIX del “El Peregrino de la Rosacruz”, de Phileas del Montesexto.

Pero ahora nos vamos a referir al otro trabajo, al trabajo diario, a esa operación tan celosamente oculta al punto que muchos escritos antiguos –y aun modernos- consideran que proporciona la inmortalidad.

Lo primero que tenemos que mencionar es que todo esta clase de operaciones, si bien pueden hacerse con el apoyo de objetos y símbolos de todo tipo, son operaciones mentales, en las cuales el acceso a lugares ocultos de la mente por medio de prácticas de meditación u otras, ocasiona que el practicante comience a desplazar su centro de gravedad mental desde una mente atenta a los requerimientos físicos y pendiente de la satisfacción de los deseos mundanos, así como esclava de las emociones, a una zona de abstracción conceptual, de contacto con principios eternos más allá de la moral y ética del momento, libre de los requerimientos mundanos y capaz de penetrar en registros ocultos de la memoria y de la percepción. Una zona de la mente que no requiere de la energía biológica. Una zona de la mente capaz de vivir por sí misma, independientemente de la vida orgánica de la materia.

Acceder a estas zonas, aun cuando sea en ínfimos instantes, ocasiona el despertar de un nuevo tipo de energía, una nueva comprensión que ineludiblemente provocará el cambio en la vida de quien lo practica. Y tal vez ese estado que se ha alcanzado, esa mente superior que hemos logrado conscientizar, sea lo que al fin sobrevivirá a la muerte biológica.

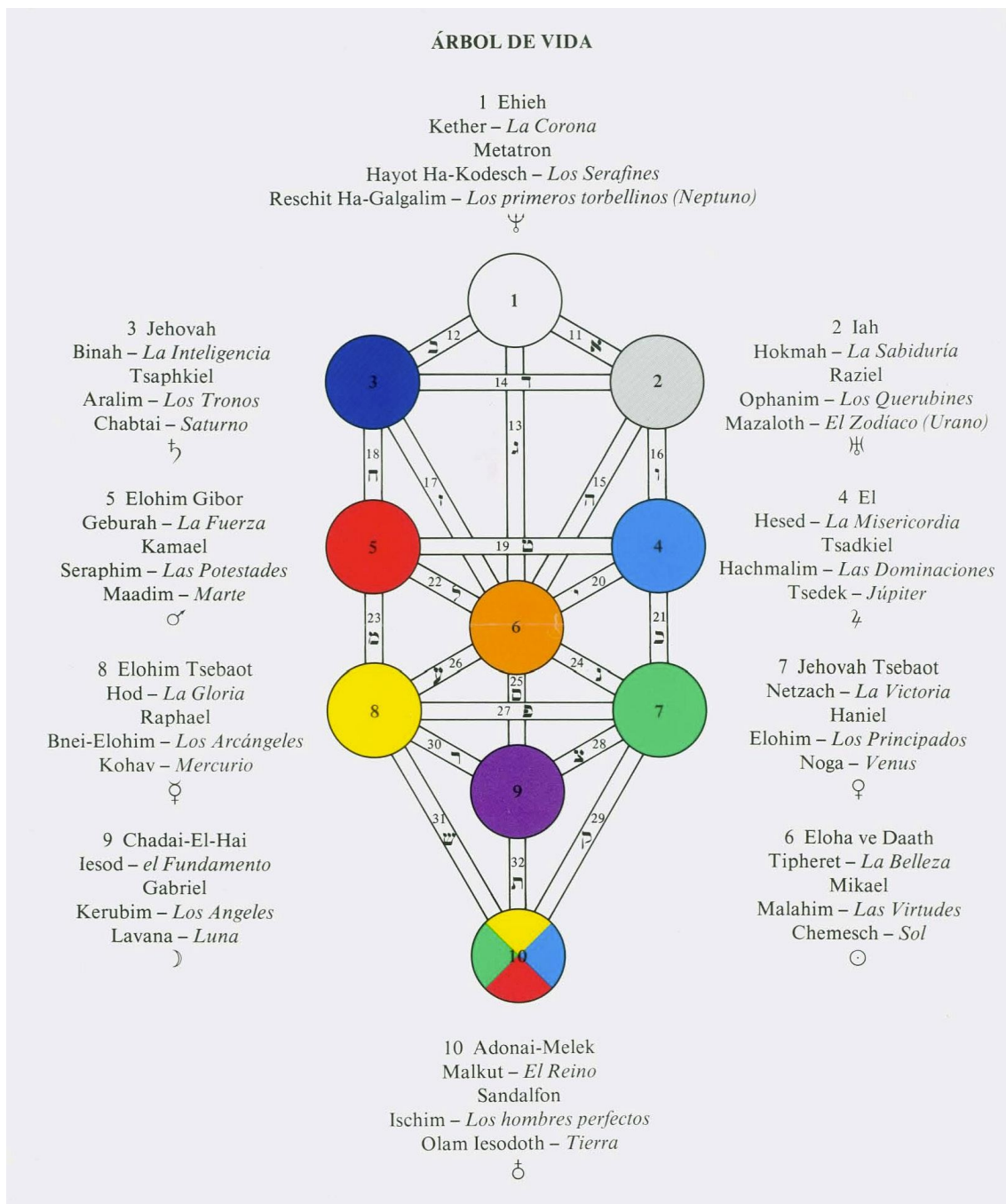
Se creará un nuevo estado de la energía psicoespiritual, un nuevo centro rector de nuestra vida. Es imposible concebir la muerte de ese estado, es energía consciente, trasciende a la experiencia biológica en la materia. La muerte es el fin de un proceso de la materia, y esta se transforma en energía. Y sabemos que no existe energía que desaparezca en la ecuación del universo.

Veamos entonces las operaciones mentales del cabalista para alcanzar y conscientizar eso.

EL cabalista tiene dos trabajos prácticos de capital importancia en su intento de comprensión de lo desconocido, en su eterna Búsqueda.

Estos trabajos son: el trabajo de descenso y el trabajo de ascenso. A ambos nos hemos referido en detalle en nuestro libro “La Cábala en el camino iniciático de las personas comunes y en la vida diaria”, que podrán descargar gratuitamente en www.johntyrson.com/descargas. O bien, para mayor detalle, pueden consultar “Guía práctica del SIMBOLISMO CABALÍSTICO”, de Gareth Knight.

El trabajo de descenso es, como su nombre lo indica, un “descenso” por el Árbol de la Vida recorriendo cada una de las Sefirot.



Como mencionábamos en escritos anteriores, cada Sefirá es un aspecto de la Divinidad, una manifestación que se ha llegado a comprender a través de siglos de estudios, reflexiones y discusiones entre los cabalistas de la antigüedad y de hoy día. Una abstracción inevitable si se quiere comprender de alguna forma algo que en su totalidad es inabarcable e incomprensible.

El trabajo de descenso es de meditación sobre cada Sefirá hasta llegar a esos estados mentales que mencionábamos y experimentar la experiencia espiritual que la caracteriza según fue definida por los antiguos cabalistas. La única medida de comprobación que existe de haber alcanzado esa consubstanciación es la certeza que experimenta el cabalista ante las experiencias y fenómenos que se manifiestan durante su estudio, y ante la certeza espiritual de haber “vivido” la Sefirá.

Es un trabajo que se extiende por varios meses.

Es así que al completar el descenso, el cabalista experimenta una plenitud de vivencia que no es fácilmente definible. Habrá reconocido a la *Shekiná*, la presencia de Dios en la Tierra. El cabalista tiene ahora una comprensión mucho más acabada de lo Sagrado. Pero que lo podrá entender mejor aun al comprender que ha existido un “antes y un después”. Y lo que es más curioso: es muy posible que se experimente algún tipo de vivencia en la vida diaria que ponga a prueba esa comprensión. Y puede llegar a ser muy dura.

El cabalista ha percibido la Divinidad en cada una de sus manifestaciones... y en la vida diaria. Está en condiciones de emprender el siguiente trabajo. Comienza entonces el trabajo de ascenso que se extiende también por varios meses.

Éste se produce siguiendo cada uno de los Senderos de Árbol de la Vida, es un trabajo mucho más cargado de subjetividad y se puede decir que es más intenso, de momento que no es de contemplación sino de ejercer una dinámica de integración del Sendero a través de su simbología, íntimamente ligada al Tarot, y de la integración conceptual de las Sefirot que unen cada Sendero.

Lo que se está haciendo en este trabajo es avanzar por diferentes estratos mentales de comprensión. Más y más arriba, si el término puede ser correcto, hasta llegar a aquellos niveles de la mente superior que mencionábamos. Ámbitos que se corresponden a los grandes principios y verdades que apenas se pueden intuir.

Por eso se dice que en la creación de las Sefirot, cada una se desprende de la anterior donde está contenida. Y Kéter, la superior, es quien las contiene a todas. Por tanto este “ascenso” bien puede ser entendido como una “expansión” conceptual. “Dios es de la forma y tamaño en que se lo

entienda”, decía un viejo sabio. Y por lo tanto crece a medida que crece nuestra comprensión de Él.

Al finalizar el “ascenso” a través de los Senderos se llega a una experimentación subjetiva de la Divinidad que no es describible de momento de ser tal.

Y puede ser también un momento de durísimas pruebas...

Veamos entonces el trabajo del alquimista y al mismo tiempo hagamos la comparación pertinente con la Cábala.

El alquimista comienza su operación mental –que podrá ser a través de la meditación u otra técnica- desde un estado de normalidad, es decir, el de la mente diaria en el aquí y ahora. Por eso los alquimistas dicen que se comienza por el elemento Tierra. Es, lógicamente, el estado correspondiente al Maljut de los cabalistas. La Sefirá inferior, que contiene la *Shekiná*, la presencia de la Divinidad, sin la cual ninguna operación de este tipo sería posible. Por eso es que el famoso alquimista Nicolás Flamel reconoció que fue necesaria la intervención de un cabalista para poder comprender la realización de la Obra.

En su búsqueda de la expansión mental, o bien del ascenso, el alquimista alcanza un estado mental que parece de oscuridad; y efectivamente, la “visión” que se percibe es de negrura. Es un estado en el que parece fundirse, disolverse, donde se mezclan los atributos de la mente en estado normal con energías nuevas provenientes de ámbitos aun difíciles de definir. Como consecuencia de este estado de disolución llama a esto el elemento Agua. Éste es también el ámbito del astral¹, y es el correspondiente a la Sefirá Yesod, que corresponde al elemento Agua. Es el caldero donde se vierten y cuecen las fuerzas de la Creación antes de precipitarse en Maljut.

El otro elemento tan apreciado y mencionado por los alquimistas es el Mercurio. ¿Dónde encontramos el Mercurio en el Árbol de la Vida? En la Sefirá Hod, que es reconocida como la base de la magia.

No obstante, sería ocioso y contraproducente buscar una correspondencia punto a punto entre ambas disciplinas. El hecho es que en este ámbito de experimentación de Lo Sagrado se producen fusiones entre los aspectos mentales alcanzados y la experimentación de lo numinoso. La búsqueda de la expansión mental, sea por el método que sea durante esta operación, es el equivalente al deseo de aprehender lo Sagrado, de hacer el antiguo y eterno reclamo de presencia a la Divinidad. Sin esto, nada es posible. Por ello estas actividades están perfectamente resguardadas de toda

¹ Para quienes siguen el Programa OPI, recomendamos ver esto según los diagramas insertos en el artículo “El tercer testamento. Un asunto de Cábala y Alquimia”, publicado en Axis Mundi 3 y en www.johntyrson.com/Articulos.

experimentación irresponsable o motivada por la simple curiosidad. Para hacerlo correctamente se requiere una determinada autenticidad espiritual. No hablamos de conocimientos previos ni de grados o (pseudo)iniciaciones, hablamos de un sentimiento y deseo auténtico de “religare”. Entonces el fenómeno se producirá, “porque Dios lo quiere”, según lo expresan algunos refiriéndose al reclamo auténtico de la Presencia. Esto es la cocción del alquimista, que busca mantener encendido el fuego de su arrobamiento para que se produzca el ansiado descenso que ha experimentado el cabalista. No es el estado del místico, es la fusión de mente y espíritu actuando conjuntamente y manteniendo con firmeza la tensión de la experiencia. Y una vez producida dicha fusión un nuevo ámbito de la percepción podrá manifestarse con la visión y experimentación de colores magníficos o de la simbología correspondiente al ámbito de lo arquetípico. Porque los símbolos aparecen, sorpresivamente, pero también evidentemente. Por algo el propio Jung se sorprendió al comprobar que visiones oníricas de sus pacientes se correspondían con símbolos alquímicos. Así fue que comenzó su estudio y teoría de Psicología y Alquimia. Son símbolos que pertenecen al inconsciente colectivo, según Jung. Nosotros podemos aportar que son símbolos acuñados y fijados energéticamente en un registro del universo en los tiempos de las primeras experiencias en busca de la Divinidad. Un conjunto de egrégoras que nos han precedido y que han intentado manifestarse en nuestras vidas. Aun cuando muchas veces no los hemos percibido.



Fig. 2 “Sellos de los filósofos” de Johann Daniel Mylius, 1618, ilustración registrada en <http://www.arsgravis.com/?p=205> (Gentileza de Arsgravis).

El alquimista podrá ver entonces la paloma que desciende, como descendió el Espíritu Santo “en forma de paloma” en el Jordán. O bien experimentar la visión del “rocío blanco”, o aun de lo “dorado”. O el “fuego”, como si vio en Pentecostés. Todas manifestaciones que tienen su correspondencia

de experimentación con lo que el cabalista vivió en sus trabajos de descenso y ascenso.

Lo que no debemos es forzar la visión, buscar atenernos a mapas o reconocer y comparar esquemas. Allí perderemos la concentración. Buscaremos el símbolo y perderemos el significado. Mantengamos la tensión y la atención sobre lo que estamos viviendo, sin recordar, sin comparar, sin tratar de emular. Y recién después podremos, tranquilamente, analizar nuestra experiencia en base a lo estudiado.

El alquimista experimentará entonces a las Sefirot Netsaj y Hod, y así tendrá conformados los aspectos masculino y femenino que representará por el Sol y la Luna.

Alimentará su fuego y los fusionará en el caldero de Yesod, y un nuevo estado será reclamado y partirá hacia lo alto, como la flecha que se representa en esa etapa del trabajo sobre el Árbol de la Vida.

El Ángel de la Templanza lo guiará por este Sendero y el alquimista alcanzará la percepción de Tiferet, lo máximo que puede alcanzar. Desde allí recibirá los influjos de Geburá y Jessed, y la Obra será completada. El alquimista ha completado la Mercabá cabalística, la que forman los siete Sefirot inferiores, el máximo evolutivo que puede reclamar el humano. Es la visión de Ezequiel –texto cabalista principalísimo- que percibe a la Divinidad como “una expansión”, “un trono” y en su base a los cuatro animales, que identifican simbólicamente los cuatro Sefirot que van de Yesod a Tiferet.

Ahora el alquimista deberá “fijar”, que es otro de los misteriosos términos de la literatura alquímica. Se refiere a aprehender en conciencia el estado alcanzado, a reconocerlo, a integrarlo, para que se transforme en sí mismo y no se diluya como una experiencia al pasar. El alquimista lo “piensa”, lo reconoce, lo “es”. Y volverá a ese punto cuando quiera hacerlo.

La otra operación que se propone es un “recocer”, y con esto quiere decir integrar ese estado al estado normal conciente, “ser” eso que se ha alcanzado en integración con la materia del cuerpo y la mente conciente. Que no se produzca una separación entre ese estado creado y el estrato de donde proviene.

Entonces, una vez más, recociendo la “ceniza” del estado previo conjuntamente con el nuevo estado continuará consolidando un nuevo ser que será ahora permanente.

A estas operaciones de integración y reintegración, y de fusión por medio del deseo del religare y por el propio fuego que proporciona la voluntad del alquimista, es que las encontramos en la literatura alquímica como “calcinación”, “sublimación”, “solución”, “putrefacción”, etc. Son varias las operaciones y no hay coincidencia entre los autores. Pero pensamos que con lo que hemos explicado se puede comprender el Arte.



Quelle: Deutsche Fotothek

Sí, es un Arte, por más que algunos lo llamen Ciencia del Espíritu. Y como tal se rige por reglas y técnicas generales, dejando a la intuición y condición del artista el resultado de la Obra a obtener. No deben seguirse “recetas” en esto. Debemos ver qué podemos hacer con las técnicas que nos han trasmitido desde hace siglos, lo demás no depende de nosotros.

De allí en más, el trabajo del alquimista o cabalista será el de mantenerse lo máximo posible viviendo desde ese centro de gravedad mental que ha alcanzado. Mantener suavemente encendido ese fuego alquímico, por siempre. Consolidar lo experimentado por medio de prácticas y una vida coherente con ello. Descenderá muchas veces, pero aquello que una vez ha alcanzado –y ha creado- lo reclamará siempre, más y más. Hasta que

nuestra vida diaria sea regida desde ese nuevo centro que ha nacido en nosotros: El Hijo del Hombre.

Y tal vez sí, en el momento final, su energía vital se disparará hacia ese centro de gravedad mental que conoció y consolidó. Y la muerte será finalmente vencida.

Lo que nos resta ahora, es leer y releer lo que los alquimistas escriben y comprender que al nombrar los elementos, metales, planetas, animales y fenómenos de todo tipo, se están refiriendo a los estados mentales alcanzados y a las fusiones que se producen entre estos y el fuerte reclamo de la presencia de los Santo, en palabras de Rudolf Otto.

Es una operación que debe realizarse lo más frecuentemente posible, durante quince o veinte minutos diarios. Sí, es así de sencillo, y nos lo ocultaron durante años. Solamente el temor que inspiraba a los antiguos de que esto se supiera, da que pensar en la magnitud de la verdad que esto encierra.

El cabalista ha descendido para conocer a Dios en la Tierra, ha reconocido a la *Shekiná*. Y busca el ascenso a través de los Senderos para religarse con aquello que aprendió a percibir.

El alquimista comienza con una Búsqueda también incierta, clamando por la Divinidad y después emprende su trabajo, *ora et labora*. Se eleva a través de mundos que aprende a conocer hasta encontrar lo Sagrado.

Ambos han creado un nuevo Ser, un núcleo profundo que los transformará por siempre.

Ahora resta darle forma.

Podrán hacerlo imitando y entronizando las virtudes de un Maestro que admiren, que marque sus vidas.

Podrán hacerlo modelando ellos mismos un nuevo ser en base a los principios aprendidos en ese viaje.

O podrán, como un moderno Hércules, realizar los trabajos que le marque la vida, comprendiendo que esa epopeya es, a pesar de su dureza, una fuente de eterna enseñanza. Y que al final lo espera el Olimpo.